

soldados aguerridos, intrépidos guerreros, héroes invencibles. El primer combate fué una victoria en que brillaron sucesivamente el brio y la disciplina, el valor y la humanidad. Pero ¿qué importaban tan preciosas ventajas, comparadas con las que encontraba la religion entre semejantes hombres poco ántes tan embrutecidos y tan feroces, que no sabian ya lo que era un pecado mortal? ¡Oh! ¡Pluguiese á Dios que estos hombres que supieron obrar tan admirables prodigios, fuesen los únicos señores del universo! ¿Veriamos entónces que tantos desórdenes desgarraban á las familias, que malquistaban á los amigos, y que degollaban á los enemigos? ¿Veriamos entónces que el fuerte oprimia al débil, que el rico devoraba al pobre, que el hijo ultrajaba á su padre, que el impío blasfemaba contra el cielo, que el ateo despreciaba el infierno ó invocaba la nada? ¿Veriamos entónces que los súbditos se armaban contra los príncipes, que las naciones se abalanzaban unas contra otras, que los pueblos se degollaban unos con otros, que esta tierra de infelicidad se convertia en un vasto anfiteatro, en una inmensa carnicería?... ¡Cruel filosofia! tú, que apetece tanta felicidad, y llegas á hacerla cesar, cuando podrás hacer jamás cosa alguna semejante, nada parecida! ¡Ah! ¡que perezcan tus designios, tu influencia, tu nombre! Contigo perecerán el orgullo y la ambicion, la envidia y el ódio, la confusion y la anarquía, la desgracia y el abatimiento. Tu mano pérfida ha derribado un edificio levantado con tantos trabajos, tu guadaña ha destruido una mies cebada con la sangre de los mártires; el salvaje anda errante todavía en la profundidad de los bosques, aunque es ménos desgraciado que el infeliz ciudadano de una República rebelada contra las órdenes de su Soberano.

“Pero no era eso, sino una parte del bien que obraron los Jesuitas: la Guiana, despues, lugar del destierro mas horroroso, bajo la mas cruel de las proscripciones, era una mansion de deleite para los Lombardos y los Rametti; sus pantános, cuya fetidez debia causar la muerte de los desterrados de la Convencion, jamás pudieron disminuir el brio de los intrépidos misioneros. Pronto levantó un milagro de caridad un templo al Señor, y la tierra que debian manchar los pasos de Collot de Herbois, no dejaba de contemplar sus trabajos y su martirio perpetuo.

“Mas hácia el Norte, en el Canadá, los misioneros Jesuitas unian en nuestra amistad pueblos inconstantes para la política, cuyo objeto único era ponderar nuestra debilidad y humillar nuestro poder. Colocando sus valerosos neófitos como un antemural para nuestras colonias, arrancaban á la Inglaterra la honrosa nota de ser sus enemigos mas peligrosos, y nuestras columnas mas firmes. Privaciones, fatigas, peligros, nada les causaba pena para procurarnos amigos, para impedir ligas poderosas contra nuestras armas, para asegurarnos en todas partes felices sucesos, triunfos brillantes; mas ¿con qué ejemplos de valor no mezclaban estos servicios polí-

ticos? y cuántas veces no murieron mártires de su religion y de su pátria?

“Su gloria literaria estaba distante de ceder á sus trofeos apostólicos; mientras que sus misioneros civilizaban la comarca lejana, sus sábios se hacian admirar en nuestra vieja Europa. Su orden acababa de nacer, y ya Lainéz y Salmeron iluminaban al mas ilustre de los concilios; habian hecho en él tan preciosa su presencia para las discusiones, que ninguna conferencia se celebraba el dia en que la fiebre hacia permanecer á Lainéz en la cama. Inmediatamente despues el sábio Belarmino componia, contra los protestantes, esos volúmenes inmortales que fueren siempre el arcenal en el cual los teólogos católicos se cubrieron de aquellas armas poderosas que destruyeron las heregías de la Alemania. Escritores no ménos ilustres, en épocas mas ó ménos aproximadas, brillaban con un sólido esplendor: no pretenderémos ciertamente enumerar á todos en este lugar: sus nombres únicamente ocuparian numerosas páginas. Nos contentarémos, pues, con decir una palabra de aquellos que ilustraron una pátria demasiado ingrata, para echar á sus descendientes, y que acaban de ser desterrados de ella por segunda vez, en virtud de un nuevo acto de injusticia.

“Bourdaloue establecia nuestra elocuencia cristiana, instruía con autoridad pueblos y reyes, y nos dejaba en sus sermones modelos que imitar de raciocinio y solidez. La uncion, el sentimiento de Chéménais le abrian los corazones, y le aseguraban entre los oradores cristianos, el mismo lugar que á Racine entre los trágicos. Larue, despues de haber cantado á Luis XIV, en versos latinos que el gran Corneille no desdeñaba de traducir en versos franceses, nos consolaba de la pérdida de Bourdaloue, y hacia resonar con acentos que alimentaban algunas veces la alhagüeña ilusion de oír aun al padre de la oratoria francesa; despues, llorando la muerte prematura del duque y de la duquesa de Bourgogne, se colocaba al lado de Fléchier y de Bossuet. Brumoy nos hacia familiar el teatro de los Griegos, y nos apropiaba los despojos mas ricos de Atenas. Rapin, designado por su génio para realizar un plan trazado hacia diez y siete siglos, lo desempeña en su poema intitulado: “des Jardins,” con una superioridad que no hubiera negado el autor de las Geórgicas. Vanière describia la elegante simplicidad de Virgilio; su *Proedum rusticum* hacia las delicias de la Europa, y aseguraba á su autor el honor de ser colocado á lado del cantor de Eneas, por los Alemanes é Ingleses. No contento con llegar así por sí mismo á una elevacion tan grande, facilitaba á la juventud los medios necesarios para ello, y recibia de sus manos su Diccionario poético. El espiritual Commère, rival de Ovidio, arrebatava la admiracion por la metamorfosis de Luscinius, y por las imágenes infinitamente risueñas que sabia difundir en ella su pincel delicado. Daniel, rectificando á Mézeray, nos revelaba nuestra verdadera historia, nos referia con método y claridad, la conver-

sion de Clovis, las hazañas de Carlo-magno, las cruzadas de Luis IX, las victorias y favores de Henrique, dejando al padre Griffet el cuidado de describir los combates de Luis XIII, y los prodigios de Luis el grande. Longueval descubria un talento único para la Historia eclesiástica, estableciendo con arte inimitable la discusion mas profunda en la relacion mas viva y mas rápida. Con su pluma, los objetos mas áridos se animaban de un precioso calor; los restos de los siglos se redimian de la destruccion de los tiempos, y se embellecian con mil encantos diversos. Su Historia de la Iglesia galicana lleva por todas partes la marca del génio, y en todas partes tambien es digna de la acogida que ha tenido del clero mas ilustrado y sábio. La brillante imaginacion de d'Orleans derramaba á manos llenas el placer que producen el interés y la sorpresa, en la historia de una nacion vecina y rival; su narracion que marcha con la magestuosa rapidéz de un rio inmenso, desarrollaba á nuestros ojos los sucesos que honran ó desacreditan esta isla famosa. Su pincel igualmente fiero al trazar los proyectos de Eduardo, que terribles al referir las persecuciones de Henrique VIII, se mostraba mas rígido todavia al hablar de la hipócrita tiranía de Cromwel. Remontándose despues hasta las extremidades del Asia, escribia la vida de dos célebres conquistadores; su pluma descansaba, en fin, dejando á todos los biógrafos cumplidos modelos en la vida de Gonzaga y de Kostka. Berruyer animaba todas sus Historias con una vivacidad que no era igualada sino por la elegancia de su estilo, por la noble variedad de sus imágenes, por la sólida sutileza de sus reflexiones. Los trabajos y colecciones de Le Comte, de Duhalde, de Charlevoix, nos instruian sobre las costumbres, usos y religion de la China y del Japon, del Paraguay y del Canadá, y vengaban la religion y la verdad, justificando las imputaciones de sus culpables detractores. En las vigilias de Cossart, de Harduino y de Labbe, se volvia á encontrar la historia de los Concilios; se oian las arengas del jóven Atanasio en Nicea, y con el primero de los concilios ecuménicos, se pronunciaba la solemne condenacion del infame Arrio. En un campo no ménos útil, aunque ménos brillante, Jouveney y Porée se cubrian de una gloria inmortal. El primero, recordando la elocuencia de Ciceron, se colocaba en la gerarquía de nuestros clásicos, nos descubria los secretos de Horacio, de Perseo y de Juvenal, y ménos aun por sus discursos que por sus obras, nos dejaba el arte de aprender y de enseñar. El segundo, digno de su predecesor, á quien excedia en elevacion y fecundidad, se immortalizaba tanto por medio de discursos latinos que igualmente admiraban sus compatriotas y los extrangeros, como por sus discipulos cuyos talentos sostuvieron largo tiempo nuestra gloria literaria. Victoriosa de la mas impetuosa de las pasiones, su amabilidad triunfaba del ódio furioso de Voltaire, contenia su mano desapiadada, siempre dispuesta á despedazar un cuadro que le recordaba una sociedad célebre, y arrancaba al autor de la Heuriada la

dedicacion de la Merope francesa. Neuville, destinado á ser el último orador sagrado de su compañía, renovaba la memoria de todos los que le habian precedido, sin parecerse á ninguno; se admiraba en sus sermones la inagotable fecundidad de Massillon, unida á la fuerza de Bourdaloue y á la profundidad de Bossuet. Guérin du Rocher, llevando la luz de la verdad á las espesas tinieblas de la fábula, descubria los hurtos y la impostura del sacerdote egipcio; y restituyendo á nuestros libros santos los despojos que les habia quitado una mano profana, vengaba la religion de los ataques insensatos de los impíos de su siglo. Finalmente, la pluma elocuente de Berthier conservaba el buen gusto; y el escudo con que cubria el cristianismo, le atraia el ódio de la filosofia moderna, de la que fué el adversario mas terrible. Pero no acabariamos si quisiésemos hablar circunstanciadamente de todos los prodigios que obró esta órden célebre, de todos los hombres grandes que se formaron en su seno, de todos los beneficios que prodigó á la tierra, de todos los espectáculos maravillosos con que sorprendió el cielo. Nos limitaremos, pues, á echar una ojeada general sobre este inmenso cuadro; suplicamos al lector de buena fé, que nos siga aun en este bosquejo, y por imperfecto que sea, si lo lee con la imparcialidad del hombre que busca sinceramente la verdad, no temeremos apelar á su justicia, y preguntarle con entera confianza: ¿tuvo nunca el género humano bienhechores tan generosos? ¿podia aquel demostrarles un reconocimiento bastante significativo? y, sobre todo, despues de tantas maravillas, ¿puede explicarse bajo este aspecto cómo ha podido emplearse una severidad frecuentemente desconocida para los crímenes mas monstruosos?"

Repetimos que el restablecimiento de una corporacion religiosa, importa tanto como proteger la religion de Jesucristo, y la prueba de esta proposicion, está contenida en los ejemplos que hemos producido. Ellos son ciertos, porque la verdad los ha dictado, y procurado conservar con entera fidelidad. Todo lo que se dice de los Jesuitas, es maravilloso y positivo, y si la historia, que es el mejor depósito de los acontecimientos pasados, no hubiera tenido un diligente cuidado de expurgar de errores, de mentiras y confusiones todo lo relativo á la célebre órden que estableció San Ignacio de Loyola, parecerian fabulosas las proezas que la han honrado en todos tiempos. Los Jesuitas han sido siempre célebres bajo cualquiera aspecto que se consideren: han sido buenos cristianos y excelentes ciudadanos; como eclesiásticos, han sido la firme y robusta columna que sostiene la Iglesia católica: como miembros de una sociedad, saben desempeñar las obligaciones que les competen, y su pátria ha recogido el fruto muy pingüe, á la verdad, que produjeron los sacrificios que han hecho en su favor. Los Jesuitas han sido modelos de las virtudes cívicas y morales. Desengañémonos de una vez, y por mas que un espíritu pertinaz y obcecado en el error, quiera encubrir las sugeriones de la justicia, y enervar el fallo de la imparcialidad, nunca podrá cegar-

nos de tal manera, que queramos encontrar defectos en esta orden preciosísima, cuando solo tropezamos con circunstancias que llaman fuertemente nuestra atención, y nos dejan absortos completamente. Dios quiso sin disputa hacer que la orden que fundó San Ignacio de Loyola, fuera privilegiada, derramando abundantísimamente sobre ella los tesoros de su gracia. Desde que los Jesuitas comenzaron á existir, se crió una íntima conexión entre ellos y las ciencias, sin exclusión de las artes; y además, parece que la palabra *Jesuita*, es sinónimo de las frases *bien* y *maravilloso*. Porque efectivamente, en esa corporación religiosa, hay un plantel de ilustración, acompañado de una caridad ilimitada: la elocuencia tiene un lugar muy distinguido: las ciencias encuentran en aquella su asiento ordinario: las artes progresan; y los beneficios abundan, no solo en favor de las familias particulares, sino también en obsequio de las naciones que pueblan el universo. En suma, los Jesuitas forman una orden tal, que se dilata en la inmensidad de la tierra, del mismo modo que Dios se dilata en la inmensidad de los cielos.... Pero ¿hasta dónde llegará nuestra explicación? Los Jesuitas son extraordinariamente grandes, y no podemos en lo absoluto demostrar el concepto que hemos formado acerca de ellos, de la manera que lo hemos concebido; sino limitarnos únicamente á admirar acerca de los misioneros lo que elegante y sapientísimamente dice Mr. Cresset en este hermoso soneto:

Yo confieso haber visto hombres mortales

Con visos de inmortales;

Mas que sobradamente perseguidos,

Y ménos, que bastante conocidos;

De ánimo, y corazón incorruptibles,

Como á sus propios males insensibles;

Sacrificados á su patria y reyes,

Y á sus divinas leyes,

Pródigos de su vida; y perfectos amigos,

Que á sus mas fogosos enemigos

Saben volver benévolos, propicios

Bien por mal, por injurias beneficios,

Hombres, en fin, demasiado estimados,

Para que fuesen ménos envidiados.

Importa muchísimo, sin duda alguna, que una corporación religiosa tan interesante como es la de que tratamos, se restablezca, para consultar á la prosperidad común, supuesto que la experiencia nunca desmentida de algunos siglos, nos está demostrando con inalterable constancia, que es eminentemente buena, y los excelentes frutos que siempre ha producido, y los efectos que ha surtido, no nos permiten poner en duda, ni por un solo momento, que su restablecimiento es precisamente la protección mas eficaz que pudiera dispensarse á la religión que profesa la nación mexicana. Así es que, por los fundamentos que hemos expuesto, no tendríamos embarazo en decir,

que no solo con ese restablecimiento se lograria semejante protección á la Iglesia, sino también, que aquella se extenderia al Estado, porque los Jesuitas se consagran á la educación de la juventud en obsequio del país; y mientras mejor educada es esta juventud, tanto mas progresa una nación, por ser ilustrada, por tener grandes hombres en literatura, en las armas, en las artes, en el comercio, y en todos aquellos establecimientos que sirven para crear ó mantener la respetabilidad y el poder de las naciones, que se hacen mas fuertes, cuando todos sus individuos se unen perfectamente entre sí, y conspiran al beneficio de la madre común, y cuando están administrados por un gobierno sábio y enérgico. Evidentemente, por medio de la buena educación, se alcanzan tamaños bienes, y los Jesuitas, que se hallan bien penetrados de la importancia de esta verdad, se dedican con el mayor esmero á la educación de la juventud, haciendo de ella, como ántes hemos dicho, un estudio especial, de modo que por el conocimiento que adquieren de los diversos caracteres de sus educandos, los colocan en el estado á que los llama su inclinación, en el que su aptitud, encontrando ménos obstáculos, obtiene progresos mas satisfactorios, en el que su natural, experimentando ménos violencia, disfruta de una felicidad mas pura y mas completa. Siendo todo esto claro, exacto y positivo, preguntamos ¿si racionalmente podrá todavía haber duda en que el restablecimiento de una corporación religiosa como es la Compañía de Jesus tanto quiere decir como la protección mas eficaz dispensada á la religión de Jesucristo? Creemos que nó. Luego no nos equivocamos al asentar mas arriba, que una comunidad religiosa, como la Compañía de Jesus, es una grande adquisición para la Iglesia, á quien se protege por este medio, atendiendo á los inmensos é importantes servicios que siempre ha prestado en lo político y en lo espiritual. Los servicios que han hecho á la moral como excelentes sacerdotes, nunca pueden apreciarse debidamente, si no es porque se experimentan, y se sienten muy á lo vivo sus benéficos efectos, que modifican y perfeccionan las costumbres, sin dejarlas degenerar ni corromper, porque son los Jesuitas una fuente abundantísima que está continuamente vivificando con sus aguas cristalinas y puras el vasto campo que humedecen y fertilizan. Son hombres, que considerados bajo un aspecto entera y exclusivamente religioso, viven conforme al Evangelio, del cual son fieles observantes, y que sabiéndolo aplicar á todas las circunstancias de la vida, logran cumplir con las obligaciones que todos tenemos contraídas para con Dios, y que producen el refinamiento de la ilustración como una consecuencia natural de la buena enseñanza y doctrina. Nada ciertamente hay tan dificultoso en este mundo, como es conducir el corazón del hombre, combatido incesantemente por las pasiones, y por los alhagos de los objetos exteriores. La filosofía cristiana, con su austeridad y con su bella índole, con su templanza y con su prudencia, con su moderación y con su eficacia, sabe dirigir perfectamente ese mismo

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

corazon, sacando gran provecho de semejantes pasiones, porque haciéndolas conocer en su verdadero punto de vista, y presentando á nuestra consideracion toda su fealdad, toda su monstruosidad, toda su deformidad, nos conduce naturalmente á hacernoslas detestables, examinando únicamente su aspecto feroz, y el veneno activo que encierran en su inundo seno. ¡Cosa admirable! Esta operacion se verifica por un medio sumamente sencillo: se verifica, decimos, por una simple comparacion entre el bien y el mal; entre la virtud y el vicio, ocurriendo á una profunda meditacion de la una y del otro; de manera, que despues de esta comparacion, de este exámen, la libertad determina y fija la eleccion. He aquí, pues, la obra de los Jesuitas, y el fundamento que nos sirve de apoyo para reputarlos como muy á propósito para hacer la felicidad de las poblaciones en que se hallan establecidos.

Una corporacion religiosa, cuya mision consiste en moralizar y educar perfectamente á las grandes masas que forman la sociedad, que hace amar el bien y aborrecer el mal, que conduce á la perfeccion en todos casos á los que dirige, incuestionablemente es una grande adquisicion, que siempre debe estimarse y conservarse á todo trance, mucho mas cuando esta corporacion religiosa es pacífica, é imita perfectamente el espíritu de la Iglesia y de la religion, de las cuales es una rama. Si se consulta la historia imparcialmente, y si se busca de buena fé y con toda diligencia la verdad, descuidándose de preocupaciones, y de una mala prevencion, se logrará, que los Jesuitas sean al fin tratados con justicia, declarando, que jamás desmintieron su carácter, sino ántes bien, que siempre han sabido desempeñarlo y corresponder á él diligente y escrupulosamente. Por mas que la malevolencia y la perversidad ó corrupcion hayan querido deturpar infamemente esta órden célebre y respetable, jamás será manchada ni deprimida substancialmente, porque en todos tiempos se hacen un lugar la inocencia y la incorruptibilidad. Hagámos un estudio profundo sobre los Jesuitas; propóngamonos juzgarlos con toda la mayor severidad; busquémosles crímenes y maldades, y no encontraremos mas que hechos sublimes, asombrosos é inesperados, y nos constituiremos siempre en amantes, en admiradores suyos. Una corporacion religiosa, como la que nos ocupa, que solo produce buenos hijos para la Iglesia y para el Estado, naturalmente es una grande, exquisita adquisicion. El restablecimiento de una corporacion religiosa, repetimos aún, cuyo modelo es el Evangelio que quiere imitar, ó mejor dicho, convertir en substancia propia, y nutrir con ella á sus neófitos, es dispensar eficazmente la proteccion mas decidida á la religion que sostiene, defiende y propaga, perfeccionando su conocimiento en el ánimo de todos sus educandos.

Los Jesuitas ciertamente enseñan las virtudes que han aprendido, y son unos) evangelios animados, por decirlo así, que se transmiten de ellos á los que enseñan, dándoles reglas de conducta que de-

ben seguir, para cumplir la mision que todo hombre tiene sobre la tierra: en una palabra, los Jesuitas han sabido desempeñar con su ejemplo y con sus predicaciones, aquella sapientísima sentencia de Chateaubriand, que dice:

La cruz es el estandarte de la civilizacion;

Y de consiguiente, han podido adelantar en todas sus empresas, llevándose en ellas la superioridad y la admiracion de cuantos las han presenciado. Porque la cruz de Jesucristo es ciertamente la escuela mas perfecta que el hombre eminentemente civilizado debe cursar con preferencia á cualquiera otra, pues, como dice muy bien el Lic. D. Santiago Garcia Mazo (1), "la muerte de Cruz fué en los tiempos antiguos, un suplicio de la mayor ignominia. Maldito es de Dios el hombre que muere colgado en un leño, se habia dicho mil y quinientos años ántes que espirase en ella Jesucristo; mas despues que este Divino Redentor la regó con su sangre y murió clavado en ella, este objeto de la mayor ignominia pasó á ser el objeto de la mayor veneracion. Todo lo que el Hijo de Dios padeció en su vida mortal, vino á consumarse en la Cruz; y la Cruz, bajo de este punto de vista, nos representa todo cuanto padeció el Hijo de Dios por nosotros. ¡Cuán amable nos debe ser este sagrado árbol que sostuvo pendiente de sus brazos el precio del mundo! Gloriémonos, cristianos, en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Abracémos, bese-mos todos los dias de nuestra vida, y muchas veces al dia, esta Cruz adorable, que será aplicada á nuestros cárdenos lábios en la hora de nuestra muerte. Hagámonos acreedores por nuestro entrañable amor á la Cruz, á que el soberano Juez, que espiró en ella, nos mire como hijos de su Cruz, nos juzgue como redimidos en su Cruz, y nos conceda por su Santísima Cruz la entrada en su eterna gloria." Recordemos, pues, que la Cruz presidió en todos los actos y conquistas de los Jesuitas, y advirtamos que este signo celestial, es el que nos recuerda, que somos cristianos, porque con ella refrescamos la memoria de que una Religion esencialmente santa y civilizadora, mejora la condicion del hombre, y le presta cuantos consuelos necesita, para hacer verdaderamente amable y deliciosa la existencia, sirviéndonos de una guía segura, para señalar nuestros procedimientos, y atemperarlos á una rigurosa justicia, y á una moral, con la que buscamos la felicidad, que nunca perdemos de vista, y que conseguimos indudablemente, apoyándonos en estas dos firmísimas bases, que en ningun tiempo pierden su centro de gravedad.

Los Jesuitas han recorrido, frecuentado y puesto en ejercicio toda la escala de las virtudes cristianas, convirtiendo estas en substancia propia, y estableciendo con ellas cierto género de vida, que pre-

[1] En su obra titulada: "El Catecismo de la Doctrina Cristiana explicado; ó explicaciones del Astete, que convienen tambien al Ripalda," edic. de 1848, pág. 8.

BIBLIOTECA CENTRAL

U. A. N. L.

cisamente es la que debe observarse, si se quiere adquirir una sólida felicidad; de consiguiente, han mejorado la triste situacion del hombre, y perfeccionado las costumbres, haciendo saborear el gusto que produce la ilustracion; de manera que han establecido un modo de vivir tal, que la Religion y la política se hermanan perfectamente, imprimiendo en la vida laboriosa y civilizada de las sociedades, un candor, que hace conocer muy bien el estado floreciente de ellas mismas, sin que haya mas que una libertad propiamente así llamada, sin mezcla alguna de bienes y males, cuyo conjunto, cuya reunion en un mismo punto, seria notoriamente pernicioso. Es menester detenerse un momento en reflexionar, que la educacion que dán los Jesuitas, es religioso-política, logrando sus buenos efectos la constancia y el esmero con que se dedican á ella, consultando al adelantamiento simultáneo de la Iglesia y del Estado, y por este medio van preparando poco á poco á los grandes hombres que algun dia dispondrán de la suerte de su patria, y que serán su mas firme apoyo. Todo esto se practica con la Cruz, porque recordando lo que nos indica, nos conduce á hacer una vida perfecta: moraliza, y nos excita al exacto cumplimiento de nuestras obligaciones, haciendo forzosamente virtuoso al hombre, sin usar de medios violentos y repugnantes, con los cuales se alcanza únicamente la exasperacion y obcecacion en los males, pero jamás el resultado que se busca.

En el Capítulo VI de la obra moderna que hemos citado, y que queda copiado, tuvimos ocasion de conocer la razon con que su autor llamó sapientísima y propiamente *prodigios de valor y de caridad*, las hazañas con que se immortalizaron los Jesuitas. La cruz es el pendon que presidió en sus grandes empresas, y ese madero sacrosanto, insignia evidente del triunfo de nuestra adorable Religion, echó los firmes cimientos de un edificio colosal que se construyó en la China y en la América, y que fué el trofeo mas apreciable y exquisito que adquirieron el cristianismo y la civilizacion. La cruz, haciendo una pasmosa conquista de multitud de salvages, atraidos hácia ella por su dulce influencia, obró grandes portentos, y fijó importantes acontecimientos, cuyo exámen ha sido el constante estudio de los políticos, quienes ciertamente han admirado la rápida formacion de poblaciones bien respetables, que han hecho los Jesuitas, mientras la historia nos atestigua diariamente las dificultades y lentitud con que se han fundado las naciones. Los Jesuitas reunieron en sociedad á los salvages, por medio de la cruz y de la música: ensancharon los límites de los dominios de sus soberanos: y como ántes indicamos, los misioneros no habian querido formar cristianos, sino para hacer de ellos ciudadanos libres, ni los reunieron sino para procurarles las dulzuras de una sociedad gobernada con leyes paternales, y no en fuerza de los caprichos tiránicos de diversos señores. Fundaron, decimos, poblaciones muy considerables, sin desviarse de la buena fé y de la suavidad, sin ocurrir á intrigas miserables y en extremo

mezquinas, con las cuales se ha aumentado grandemente el poder de los pueblos. En corto tiempo, obraron los Jesuitas tan maravillosos fenómenos, apartando de sus proyectos toda traicion, todo engaño, sin que por eso hubieran criado rencillas, é insultado á nacion alguna, en vez de que la antigua y poderosa Roma, por ejemplo, tuvo necesidad de apelar á medios inicuos para propagar el número de sus primitivos fundadores, pretextando celebrar juegos en honor de Neptuno Ecuestre, fijando dia para esta solemnidad, en la cual fueron robadas las mugeres por los jóvenes romanos, y conducidas á sus casas, donde contrajeron matrimonio con ellas, bajo el pomposo aspecto de todas las ceremonias religiosas (1); con cuyo abominable crimen, pudo Rómulo hacer subir el número de la primitiva poblacion de Roma, á cuarenta y siete mil individuos. La cruz y sola la cruz, produjo tan excelentes frutos, y ella fué la que preparó el establecimiento de las llamadas reducciones, en las que florecieron las artes y las ciencias, y se cultivó satisfactoriamente la literatura, dominando en este hermoso vergel la Religion cristiana, como el mayor bien, y como el principal regulador de las acciones de los neófitos.

Bastarian ciertamente las noticias ó documentos que preceden, para que la proposicion que defendemos, á saber, que el restablecimiento de una corporacion religiosa, como es la Compañía de Jesus, importa precisamente la proteccion que debe dispensarse á la religion de Jesuérsto, quedara plenamente demostrada, de una manera que no admitiese duda; pero quizá creerian los detractores, que habiamos agotado ya todos nuestros materiales. Estos, lejos de consumirse, abundan de un modo que nos proporciona un sobrante excesivo, del que sin embargo no podemos hacer uso, por no ser demasiado difusos. Si nuestro escrito fuere desgraciadamente impugnado, porque haya un espíritu que se obstina en desconocer la verdad, entónces pondrémos en ejercicio, y publicarémos todos los documentos preciosísimos que poseemos. Mas no podemos dispensarnos de producir otros varios y pequeños datos en confirmacion del principio que sostenemos, apartándonos de la indicacion que hemos hecho, y por tanto, decimos, que "en la invasion del cólera morbo, Génova, Nápoles, Palermo, Roma y otras ciudades de Europa, debieron maravillarse de la caridad de los Jesuitas, que dia y noche acudian á la asistencia y al socorro de los epidemiados. Entónces todos, aun los que ántes los veian de mal ojo, manifestaron comprender, que un cuerpo de hombres que exponen su vida por la salvacion espiritual y temporal de sus semejantes, poseen el espíritu de aquella caridad que enseñó Jesucristo, queriendo que fuese el carácter declarado de sus discípulos. Al brillo de tal luz, desapareció la falsa idea de egoismo é hipocrecia, y se oyó esclamár á las personas ménos amantes de la Compañía: *Los ad-*

(1) Véase el Compendio de la Historia Universal de Anquetil, tom. 2.º pág. 36.

„miramos, pero no nos es posible imitarlos; y muchos del pueblo bajo reconvenian á los que los habian denigrado. Tan cierto es, que la calamidad hace entrar en juicio." (1) Los mismos ejemplos de ardiente caridad y asombrosa intrepidez, dieron los Jesuitas en los Estados Unidos en la misma epidemia. "Los protestantes, dice Cretineau-Joly (2), los presbiterianos, metodistas y baptistas, kuakeros y unitarios, todos quedaron asombrados de ver generalmente á los sacerdotes católicos (y mucho mas á los Jesuitas y á las hermanas de la caridad), ocurrir á cualquiera hora del dia ó de la noche á los apestados, no solamente á la casa del rico, sino tambien y con la mayor frecuencia á la mas pequeña y asquerosa choza del indigente y del negro." Todos estos pasajes que ocurrieron seguramente en la primera aparicion de tan horrible epidemia, comprueban la eficaz influencia que produce el sacerdocio católico en las grandes calamidades con que el Señor visita á su pueblo, y el lenitivo con que ocurre hasta el grado de hacer gustosos los padecimientos con que lo aflige y atormenta; he aquí la mano bienhechora que tiende á sus hijos la religion de Jesucristo; mano que por un inexcusable arcano de la Divina Providencia, es incesantemente conducida por el Jesuita, cuya ingerencia activa ha sido muy interesante en nuestra misma Capital, para destruir los males que nos aquejan, aun cuando no existe su instituto. Si en la primera aparicion del cólera, los Jesuitas fueron los que prestaron tan importantes servicios á la causa de la humanidad afligida, en el año de 1850, se han hecho acreedores en Mexico á nuestra eterna y sincera gratitud, pues en la invasion que experimentó esta Ciudad, se vió un hijo de San Ignacio de Loyola, encargarse del lazareto que se estableció en el Santuario de los Angeles, y ayudar con sus limosnas á la conservacion del Hospital de San Pablo, en donde las Hermanas de la Caridad han sido un modelo de fortaleza, siendo atacadas tres de ellas del cólera morbo, del que fueron curadas en la casa matriz, para donde se retiraron (3). Si queremos consultar mas la historia, refiriéndonos á épocas pasadas, veremos que en el año de 1800, cuando volvian de su destierro los Jesuitas españoles y varios americanos, asistieron en Cádiz á los epidemiados de la fiebre amarilla, y en este servicio sucumbieron quince padres, entre los cuales dos eran mexicanos.

La experiencia contra la cual no hay argumentos, nos está señalando como con la mano y de un modo irresistible, que no admite la menor duda, que los Jesuitas saben dominar y hacerse superiores á

(1) Alcune ragioni dell P. Pio Melia—Luca 1845.

(2) Historia de la Compañia de Jesus, tom. 6.º pág. 376.—París 1846.

(3) Véase el núm. 27, tom. IV del impreso titulado: "Periódico oficial del Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos," correspondiente al dia 2 de Noviembre de 1850, en el cual consta el informe que produjo el Gobierno del Distrito federal, sobre el asunto de que habla el texto.

las circunstancias. No hay empresa que acometan, que no les salga bien, porque son hombres naturalmente emprendedores y constantes en sus proyectos, porque son verdaderos apóstoles y ministros del Señor, se dedican exclusivamente al ejercicio de su ministerio, y atienden cuidadosamente á los objetos mas interesantes, que mejoran la condicion de una sociedad, haciéndola sólida é ilustre, y perpetuando su existencia. Ya hemos manifestado en la primera parte de nuestro discurso, que el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hacen tan estupendos milagros. En efecto, así lo comprueban todos los documentos que hemos presentado á la consideracion de nuestros lectores, y no debemos olvidar ni por un instante, que los Jesuitas han sabido sobreponerse siempre á sus inclinaciones, á sus sentimientos y á su bienestar tambien. "Sabido es, dice Cretineau-Joly (1), que, en diferentes ocasiones, ha corrido por Europa la voz de que existian en las reducciones del Paraguay abundantes minas de oro, así como igualmente que semejante rumor ha sido desmentido, ya por los mismos hechos, ya por el testimonio de los comisarios regios enviados á aquellos lugares. La España sabia muy bien el valor de estos rumores, cuando, en 1740, Gomez de Andrade, gobernador del Rio Janeiro, pensando que los Jesuitas, al haber conseguido del gobierno español que no entrasen extrangeros en las reducciones del Parana, llevaban la mira de ocultar á miradas indiscretas los manantiales de una quimérica fortuna; concibió el proyecto de un cambio entre las dos coronas, y para obtener las siete reducciones del Uruguay pensó ceder á la España la hermosa colonia del Sacramento. Dió parte de todo á la corte de Lisboa, la que se apresuró á entrar en trato con la de Madrid. El trueque era demasiado ventajoso á esta última, para que dejase de aceptarle. El Portugal abandonaba un país fértil, que por su situacion, abria y cerraba la navegacion del rio de la Plata, y en cambio, tomaba una tierra condenada á perpetua esterilidad. La España se adhirió al tratado; pero, como si los diplomáticos de ambos países tuviesen el poder de obligar á aquellos salvajes convertidos en hombres, á que mudasen de patria como de calzado, fué estipulado que los habitantes de las siete reducciones cedidas irian lejos de allí á desmontar y poner en cultivo otros terrenos á cual mas ingratos y estériles. Con el deseo de explotar á su libertad las ricas minas de oro con que habia soñado el consejo de Lisboa, Gomez de Andrade puso por condicion que mas de treinta mil almas quedasen repentinamente sin patria, sin familia y sin mas recursos que la buena ventura para volver á comenzar su vida errante.

"Los Jesuitas eran en aquella sazón, los padres, los maestros y amigos de aquellos neófitos, y tenian una influencia completa sobre

(1) Véase su obra titulada: "Clemente XIV y los Jesuitas, ó sea Historia de la Destruccion de los Jesuitas," Cap. 1.º págs. 18 y 19.